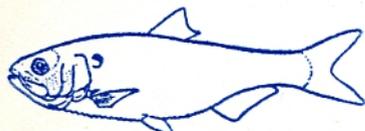
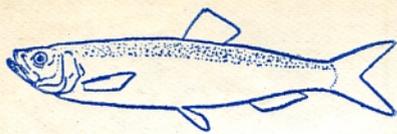


CLUPEIDOS



De arriba a abajo: el arenque, sardina y alacha, el espadín, el bocardte y dos variedades de alosa: la vulgar y la "finta".

COMENTARIO INTRODUCTIVO

En la mar, la comunidad de sangre, no origina el parentesco, como en la tierra. Ese privilegio parece reservado para los vertebrados hematermos, y los peces son hemocritos, o animales de sangre fría. Aunque todos sean hijos de padre y madre, la emancipación es en ellos coetánea del nacimiento, superioridad biológica ante la cual el «homo sapiens» queda un tanto desconcertado. E incluso el calificado por el clásico como «animal político», en permanente lucha por una libertad, que logran sin esfuerzo alguno los infelices seres que acaban por regalar su mesa.

No es preciso entrar ahora a distinguir el concepto zoológico, en contraposición con el concepto civil de la familia. Bastará recordar que el primero, único operante en relación al tema, exige en las especies que agrupa ciertos caracteres anatómicos o fisiológicos comunes, dentro de un orden determinado que constituye la clave diferencial.

SEMBLANZA DE DIGNAS DEL MAR



Las cuatro quintas partes de la superficie del globo, están, como es sabido, cubiertas por el agua de los océanos. Forman lo que se llama la hidrosfera, cuyos espacios habitan más de treinta mil especies, clasificadas por los ictiólogos en multitud de familias. Todas ellas sirven para nutrir las inquietudes cognoscitivas de la ciencia, pero sólo una décima parte de los peces que hasta ahora se han inventariado, entró en los dominios de la economía.

Aun dentro de una porción, que parece reducida comparándola con el volumen total de la fauna marítima, no todas las familias disfrutan por igual medida de nuestro aprecio. Unas por el número de sus individuos, otras por la talla media de los mismos, y todas por la calidad del alimento que proporcionan y la facilidad mayor o menor de su captura, provocan una discriminación de la actividad extractiva, polarizándola en torno a ciertos linajes básicos para el hombre.

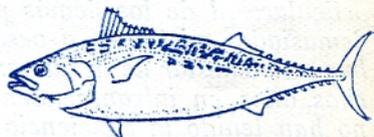
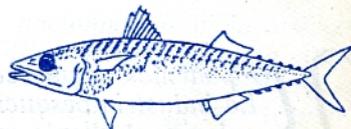
DEL ARENQUE AL MENHADEN, PREFIRIENDO A LA SARDINA

El que ha adquirido entre nosotros mayor popularidad es el de los clupeidos. Familia numerosa, de la cual puede considerarse como cabeza al arenque. Los clupeidos se extienden por la superficie de todos los mares. Uno de ellos—la alosa—, hasta invade en ciertos periodos los cursos de agua dulce. El arenque se gobierna de otro modo. Puebla en masas enormes el Canal de La Mancha y el Mar del Norte o remonta desde el Caspio la desembocadura del Volga. Los demás peces podrán ser indiferentes a los imperativos políti-

cos. El arenque no. En Occidente se hizo sajón y en Oriente eslavo. Y para el resto no cuenta.

La sardina es más bien latina, al menos la «pilchardus» y la «sardine-lla aurita», o alacha, favorita del Mediterráneo. La primera ha sido tradicionalmente, para nosotros, el miembro más conspicuo y adicto de tan ilustre familia. Razones que desconocen tanto los pescadores co-

ESCOMBRIDOS



En cabeza, la caballa, en sus dos variedades principales; atún rojo y blanco; las dos variedades principales de bonito, y otra más rara de túnido.

CUATRO FAMILIAS XIMO A PRECIO

Por V. PAZ-ANDRADE

mo los biólogos, la mantienen alejadas del país en que más intereses había creado. Unos empíricamente y otros científicamente, no dejan de ofrecernos de cuando en cuando algunas explicaciones. La sardina no se entera, las viene desoyendo con sistemática impasibilidad. Es posible que tenga sus motivos.

Antes que ella, huyó de nuestra costa el «sprat», aquel reluciente espadín que alternaba con la sardina

en los lances de las «trañás». Especie acomodaticia, como el bocarte, en ciertas latitudes. Una y otra se han convertido en algo así como la moneda falsa de los cupleidos, pues a base del «sprat» los conserveros noruegos fabrican sardina y a base de la «anchoíta» los marplatenses.

Pudiéramos cerrar la noticia de esta familia, dedicando alguna atención a la alosa vulgar y a la «finta». No la justifica su escaso interés económico, al menos en este sector atlántico. Como sucede con el «menhaden», miembro el más voluminoso de la familia, pero sugestionado por el colosalismo norteamericano.

LOS GRANDES MIGRADORES

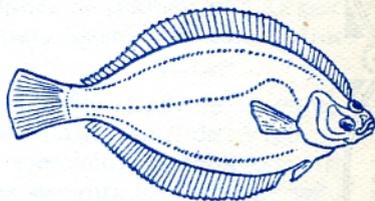
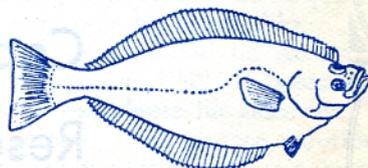
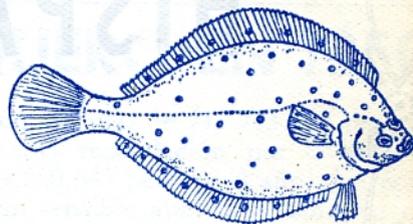
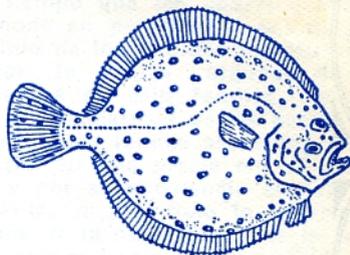
ENTRE los clupeidos y los escómbridos existen grandes diferencias ictiométricas, cuyos polos marcan el menudo espadín y el imponente atún. Tienen, en cambio, ciertas afinidades ambientales y hasta constitutivas. Unos y otros son gregarios, estacionales, con proclividad hacia la costa, y migradores, además de clasificarse como peces grasos. Constituyen las dos familias básicas de las industrias de conserva y semiconserva—prensado, secado, ahumado...

Esta de los escómbridos, toma el título del nombre científico de la caballa, en su clase más difundida, «scomber scomber», o en su variedad española, «scomber colias». Una variedad poco menos que a extinguir, pues desde hace más de un cuarto de siglo apenas asoma por nuestra costa atlántica, como si prefiriera seguir la ruta más frecuentada por los emigrantes gallegos y se desplazara al hemisferio austral, donde constituye la base de las capturas argentinas.

Los personajes más importantes de la familia son los atunes y los bonitos. Bajan todos los años, con matemática periodicidad, antes de la puesta, desde el Mar Negro por la garganta deslumbradora del Bósforo, balizada de torres bizantinas; se refocilan en las aguas supersalinas del Mediterráneo, desfilan en correcta formación entre las columnas de Hércules, y se lanzan al crucero estival bordeando la costa atlántica hasta refrigerarse en el residuo de los deshielos árticos, para luego desandar por imperativos genéticos el largo camino.

Los ictiólogos distinguen el atún rojo, el blanco, y otras especies comercialmente poco valorables, y entre los pelámidos, el bonito de dorso o de vientre rayado. Aunque se trate

PLEURONECTIDOS



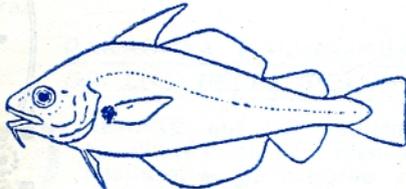
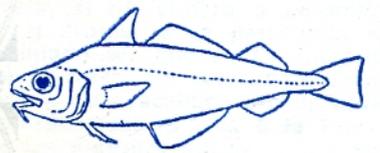
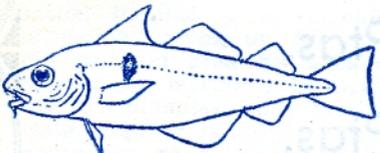
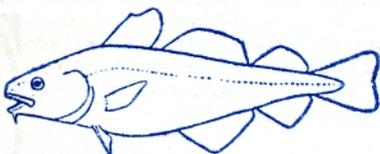
El fino lenguado y el rómbico rodaballo, en los primeros lugares; siguen la platija, el hipogloro o fletan y el gallo.

de una familia bien avenida, como lo demuestran sus desplazamientos en masa y en sazón, no parece insusceptible al perjuicio de raza, fundado en la diferencia de color, ya que éste determina generalmente homogeneidad en la composición de los «stocks» pescables.

EL BACALAO, LA MERLUZA Y SUS PARIENTES

DE los peces que industrialmente se clasifican como magros, la familia de los gádidos es la más considerable. La diferenciación con las precedentes reside, además, en que estos son pescados de fondo, mientras los cupleidos y escómbridos lo son de su-

GADIDOS



El bacalao, encima; después, el eglefin o "haddock"; dos pequeñas formas de gádidos, "capelans" y "luscus", merluza y merlan.

perficie, salvo algunas especies y en ciertas épocas.

Por lo que se refiere a la primera de ambas cualidades, es interesante saber que entre los grasos y los magros marinos, lo que suele oscilar es el coeficiente de agua, mayor en los segundos que en los primeros, y reemplazable en estos por el aceite contenido en los tejidos subcutáneos. La proteína y principios minerales que forman los músculos, y donde reside el verdadero valor alimenticio, no presenta diferencias estimables de cantidad.

La familia está presidida por el bacalao, que en cierta época suele acumular en su hígado un setenta por ciento de aceite, el más enérgico subsidio que la mar ofrece a las debilidades del hombre. Habitante en aguas extremadamente frías, incluso del Océano Glacial, saca de ellas la mayor dosis de calorías que alimento alguno puede proporcionarnos. Y para que de su obra benemérita puedan participar desde los esquimales a los negros ecuatorianos, es la especie más susceptible de conservación por el aire y la sal.

Los gádidos van descendiendo, por acentuación térmica, y el «eglefin», en esta escala, ocupa un lugar intermedio entre el área del bacalao, nórdica y la del merlan y la merluza, más meridionales, más templados, hasta adquirir la última coloración negra en aguas subtropicales. Cuadro feliz el que esta familia presentaría, si no viniera a ensombrecerlo el drama de la pescadilla, ese infortunado ser que en la iniciación de su carrera, la ve alevosamente truncada para acabar, aun de muerte, mordiéndose la cola a la fuerza, entre las digitales pinzas de las cocineras.

PARABOLA Y PARADOJA DE LOS PECES PLANOS

DIJERASE que, al bautizar la familia de los pleuronectidos, se ha extraído el nombre de la más complicada fronda lexicográfica, que es la de Medicina. La ascendencia etimológica descarta tal supuesto, pues la palabra nació del ayuntamiento de «pleuron» y «nectes», voces griegas equivalentes a «lado» y «nadar».

El sino ambulatório de los peces planos, es precisamente el de nadar de lado. Como son preferentemente sedentarios, les ha preocupado mucho más la posibilidad de mirar de frente. La han logrado merced a su acusado darwinismo. Cuando, a poco de salir del estado larvario, se acuestan para siempre sobre un lado, el ojo inferior comienza a desplazarse con torneando la cabeza, hasta que los dos se colocan a la par en la cara anterior, miméticamente oscurecida.

Lo mejor del lenguado, del rodaballo, de la platija... es la muerte y

sucesiva degustación. La vida es oscura y solitaria. Son peces que no se relacionan entre sí más que cuando se aproxima la época de la puesta. Entonces abandonan los fondos del borde continental y en bancos tan nutridos como permita la clase anual sedente en aquéllos, se alejan y descienden a profundidades superiores a cien brazas, donde suelen captarse al arrastre.

Peces bentónicos, siempre adheridos al suelo arenoso, dejan en libertad sus huevos, que pronto han de convertirse en alevines para recalar en los lugares pericosteros de donde procedían sus progenitores. Esta fa-

se inicial pelágica, el repliegue de las crias a parajes poco profundos —20 a 35 metros, según Besnard—, explica las matanzas prematuras, de que suelen resultar víctimas al mismo tiempo que los aparejos arañan el fondo en persecución del más difundido de los gádidos inmaturos.

Por lo demás, algunos de los miembros de esta familia, constituyen la aristocracia de los peces. Desde los bajos fondos ascienden a brillar por su alto precio en los mercados y por su suculencia en las más elegantes mesas. Sólo la muerte los redime de la oscuridad y de la sordidez en que desenvuelven su vida.

EL SEGURO PESQUERO EN 1950

ACCIDENTES

«La Mutualidad Naviera», de Vigo, ha reafirmado su progresión en este ramo. El promedio quincenal de los jornales asegurados ha sido de 37.970.679 pesetas. El total de las primas recaudadas ha sido de 3.452.704 pesetas, y corresponde a 517 pólizas, que cubren el riesgo de accidentes de trabajo y de mar de 5.036 tripulantes.

La siniestralidad registró 18 muertes, que fueron indemnizadas con un total de 1.227.891 pesetas; sólo una incapacidad total permanente para la profesión habitual, cuya renta exigió depositar 43.616 pesetas, tres parciales que costaron 136.556 y 1.057 bajas por incapacidad temporal, indemnizadas con 380.920 pesetas.

Como los gastos de administración se cifraron en 347.110, el remanente fué de 817.000 pesetas aproximadamente, del cual fué destinado el 35 por ciento a fondo de reserva, extornándose a los asociados el 65 por ciento, que ascendió a 531.428 pesetas.

El fondo de reserva está situado en 3.593.038, con baja de 357.296 por haber sido devuelto o acreditado en cuenta a los mutualistas el excelente de la cuenta del Fondo de Reaseguro.

RIESGO DE BUQUES

«La Mutua de Seguros de Armadores de Buques de Pesca», domiciliada en Madrid, afilia en 31 de diciembre de 1950, 535 buques,

con un total de 711.713.250 pesetas y una recaudación por cuotas de 24.660.645 pesetas al año, que acusan sensible aumento sobre las cifras precedentes, a pesar de haber causado baja forzosa 28 buques, cuyo seguro se ha rescindido.

La siniestralidad ha aumentado en relación a 1949, a pesar de lo cual el excedente ha sido del 31'75 por ciento, ligeramente inferior al de 1949 y permitiendo un extorno del 30'16 por ciento de las cuotas, después de deducir el 3,27 por ciento para gastos de administración.

«La Sociedad de Seguros Mutuos Marítimos», de Vigo, a fines del ejercicio, contaba con 189 buques asegurados con un valor nominal de 235.632.320 pesetas.

La recaudación por primas ascendió a 8.099.999'56 pesetas, y el total de siniestros habidos a 101, habiéndose pagado por los mismos y gastos consecutivos 4.425.724 pesetas.

Los gastos de administración e impuestos representaron una suma de 302.417 pesetas, quedando como excedente en el ejercicio el 49,32 por ciento de las cuotas recaudadas, del que se destinó a fondo de reserva el 62,51 por ciento y se extorna a los asociados el 37,49 por ciento.

Para estas instituciones lo mismo que para las de demás que asumen el riesgo marítimo, el año ha sido desfavorable, por aumento de siniestralidad y frecuentes reclamaciones por remolque o salvamento.